

UN MEDICO DE NINHUE

POR EL

Dr. Héctor Armas G.

Hace pocos meses—16 de Febrero—en el pueblecito de Ninhue, cerró sus ojos al espectáculo del mundo el Dr. David Benavente. La prensa así lo dijo; pero en torno a su persona, a lo que él representó en virtud de su valía, sin duda fueron pobres los comunicados.

Con la tristeza que producen las injusticias, que uno no entra a explicar, he leído poco sobre él después de su muerte; más bien dicho casi nada.

No abrazó, es cierto, el médico ilustre, en más de medio siglo de vida fecunda, la política que viste al hombre de un ropaje brillante y cuya gloria se proyecta más allá de la muerte. Prefirió ser médico, porque así lo sintió desde niño, y médico modesto porque el ruido del mundo, el halago y la vanidad no rozaron su mente.

No ha desaparecido con el viaje a la Eternidad de Benavente un hombre vulgar; no. En cualquier país del mundo más denso que el nuestro, pero con preocupación cabal por lo intelectual, su nombre habría tenido la resonancia armoniosa de los grandes valores; y su partida un significado transido de dolor.

Hay mérito y sobrado en un hombre formado en la escuela del sacrificio desde la niñez; prohijado en un ambiente pobre y de lucha, y que se lanza después en una gesta heroica de pelea tremenda por la vida para vencer luego en brazos de sus propios merecimientos. Alcanzar así, lleno de vigor físico y moral, una situación expectable en una sociedad, en la Medicina y en la Docencia, constituye la coronación de una vida útil.

Todo esto pueden hacerlo pocos hombres; aquellos que poseen una fuerza interior capaz de empujar a una continua superación.

Ejerció la medicina en la rama Quirúrgica casi 60 años. Con las vidas que él salvó y que aun alientan en goce de salud plena, se podría formar una inextinguible legión de hombres y mujeres, pero en estricta formación no estarían todos; cuántos

hay operados por él y muy vivos, que llegaron una mañana al Hospital, en el momento de angustia, y entregaron su cuerpo al cirujano hoy fallecido, sin saber su nombre.

Nació y murió en Ninhue, un villorrio sureño, vecino a San Carlos, compuesto de desordenadas calles a cuyos costados la mano del hombre levantó pocas casas de barro y de paja. La vida se concentra en una calle central, casi la única; corta, con arbolados de naranjos a ambos lados; al fondo una colina donde él edificó una casa estilo colonial—después de ser barrida por el terremoto la que tenía en el bajo—amplia, con largos corredores. A los amigos del pueblo manifestó que, después de sus días, fuera destinada a un Sanatorio.

Como todos los pueblos chicos, Ninhue tiene su carácter y, también, su alma; nada de la pretensión de otras aldeas ya más grandes, que aspiran a imitar a ciudades de mayor relieve con un rascacielo o por la chimenea de una fábrica. Es una reunión de casas donde el Cura y el Director de la Escuela, son todo; amigos de todos en la buena y en la mala fortuna; donde el toque de la campana pueblerina advierte a sus moradores la hora de moverse en el espacio y también de la queda. Pueblos simpáticos, donde la puerta de calle está de más, porque hay poco que guardar y mucho que dar; puerta casi eternamente abierta a cualquier amigo o forastero que desee descansar y hacer los comentarios del día.

El profesor Benavente nunca perdió el cariño por este pedazo de tierra; lo llevó siempre incrustado en el corazón. En plena gloria profesional, cuando la fatiga llegaba a su cuerpo y éste pedía descanso, volvía sus ojos a Ninhue y allí llegaba. Es frecuente encontrar hombres que busquen, después de la mortificante tarea de la gran urbe, el retorno al terruño que los vio nacer.

Como cirujano vivió partiendo la materia desordenada, para ordenarla; convivió siempre entre la sangre rutilante y caliente del vivo y la sangre viscosa del cadáver; y todo esto, que es materia pura, mantenido en un fondo de espiritualidad latente, pero silenciosa, como sólo él sabía poseer. Por esto, tal vez, en ninguna parte encontraba, como en su propia cuna, pedazo de naturaleza tan suya, mayor quietud reparadora; entre sus naranjos y flores que tanto amó. Sin eso, su espíritu no podría seguir vibrando. Esto fué parte de la vida; tan lo

sintió así que, años antes de morir, edificó allí su tumba, donde descansa hoy de su larga tarea filantrópica.

Era, sin duda, un artista; pero, cosa curiosa, el que lo conoció sin penetrarlo, todo podía imaginar, menos esto. Gozaba con una buena lectura y también gustaba de la música; amó la naturaleza, desde la tierra hasta sus frutos. Era eximio dibujante. En la cátedra de Anatomía, que desempeñó medio siglo, es imposible olvidar su clásica postura frente al pizarrón; con la mano pequeña, pero en guardia, y articulada en un cuerpo diminuto, con tiza de colores variados, dibujando, con seguridad pasmosa, un pedazo de esqueleto cubierto de músculos y entre los huecos, sin tocarse, la encrucijada de arterias y nervios. Cada figura, y testigos son miles de médicos, era una impecable lámina de Testut.

Hay hombres que son artistas, y para juzgarlos así basta a veces oírlos o conocerlos un poco. Otros hay, como Benavente, que encubren este don maravilloso bajo una caparazón dura; hay que penetrarlos, hay que desglosarlos, convivir con ellos a veces para adivinar el nervio de una sensibilidad exquisita, pero escondida.

Ingresó siendo niño a la Escuela de Medicina; cumplía así el sagrado deber de abrir paso al imperativo de una vocación. La Escuela, en ese entonces, estaba en la calle San Francisco, incrustada en el Hospital San Juan de Dios. De todo eso hoy no queda nada. Sobre el suelo, que es lo único que no puede desarraigar el hombre para siempre, en su afán de progreso y de darle a la vida que envejeció el impulso que exige la vida nueva, se levantan hoy enormes cuerpos de edificios. De aquella vetusta Escuela no hay huellas en la tierra. Del seco y hosco perfil de sus muros, de la vida interior que allí se hizo, de la inquietud de los jóvenes estudiantes, sólo se oye decir algo de vez en cuando, pertenece ya a la Historia de la Medicina. Testigos de aquella época remota y memorable, no quedan más de dos o tres médicos; ellos podrían decir la verdad de entonces y para saberla habría que irlos a buscar en el relicario de sus hogares y escuchar de sus labios, expresada con voz trémula y recóndita, la convivencia estudiantil de esos días humildes, pero gloriosos.

Pertenecía Benavente a una generación de médicos ilustres del pasado siglo; juntos o casi juntos, salieron a la arena,

con él, Carvallo, Sierra, Petit, Ugarte, Gutiérrez, del Río, Amunátegui, García Valenzuela y otros.

Cuando el joven estudiante sureño pertenecía a la Escuela de Medicina, vivió en la calle Santa Rosa 115. Casona colonial, con todo su carácter; fachada clásica, un zaguán, una reja corte antiguo y después dos patios, a los cuales se abren las puertas de varias piezas. La casa está en pie, pero es una ruina. La arrendataria de entonces, doña Balbina Jirón de Valdés, fallecida hace muchos años, recogió como pensionista al joven. El amor al estudio, la dedicación al trabajo, lo llevaron a ser el primer alumno del curso. La dueña de casa adivinó pronto el porvenir brillante de este humilde estudiante; la estimación por él fué universal en la mansión. Completados sus estudios y con el título en la mano, abandonó el hogar de préstamo para lanzarse a los Hospitales como ayudante de los cirujanos más ilustres de esa época. En largos años hubo de cambiar varias veces de residencia cuando ejercía activamente la profesión. La clientela lo perseguía y su fama se extendió con estrépito a lo largo del país.

En 1898 ingresa al Hospital del Salvador como Jefe de Cirugía de hombres. Allí fué cirujano, confidente y amigo de todos; sin protocolo alguno recibía con sin igual modestia al magnate y al desheredado de la fortuna.

A comienzos de este siglo, comprendiendo que le faltaba mucho por aprender, aparece un día sobre la cubierta de un barco, rumbo a Europa; visita los principales centros científicos; le toma el pulso a la Medicina que rectoraba al mundo y luego regresa a su país, donde recomenzó con nuevos bríos la misión para la cual había nacido.

Fué el primer cirujano que destapó el cráneo y penetró, con asombro de todos, en plena masa encefálica; abrió el canal raquídeo y operó también el sistema nervioso periférico. La Neuro-Cirujía, floreciente y magnífica hoy día en nuestro país, con su Instituto propio y cirujanos espléndidos, sin duda en Benavente tiene el claro precursor.

A fines del otro siglo inició sus clases de Anatomía, y después de Embriología. Su cátedra—y por qué no decirlo—no fué brillante; la voz, expelida de un tórax pequeño, no tenía el eco y resonancia de las voces fuertes, pero, en cambio, quien lo escuchó tuvo la sensación de oír conocimientos profundos, vaciados con desenvoltura.

Pudo haber sido Profesor de Clínica Quirúrgica y mucho más; no le interesaban los honores ni distinciones. En 1934 se retira del Hospital del Salvador, frisando los 80 años. Un día le entrega al Dr. Luis Araos, su antiguo ayudante, una carta cerrada: «Guárdela, le dijo, y no olvide de dar curso a mi renuncia en ella contenida cuando yo le avise. A Ud., que me conoce tantos años, le pido el servicio que, después de cursada, no se acuerde más de mí; y esto, espero se lo diga a los demás médicos». Luego después se perdió de vista. Meses más tarde lo nombraron médico Honorario.

Pasó algunos meses en Ninhue, entre libros y dedicado al cultivo de los árboles; allá siguió interesándose por la medicina con el mismo entusiasmo de los años mozos; no pudo jamás dejarla del todo. Con frecuencia venía a Santiago, a la misma casita, bajo cuyo alero se cobijó siendo estudiante, en la calle Santa Rosa. Doña Balbina había muerto ya y su hija Carmela Valdés Jirón, la nueva arrendataria, con ternura sin igual, recordando viejos tiempos, le dió cabida, abriéndole la puerta de la misma alcoba que ocupara 60 años antes, cuando comenzaba a dar los primeros pasos en la Medicina. Sobre un viejo catre se tendió una cama modesta. A menudo abandonaba la ciudad, y la pieza, cerrada, en cuyo ropero sólo había libros, aguardaba el nuevo regreso. Y así siguió esto, sin cambiar nada, por once años. En 1947 murió la señora Carmela Valdés, y Benavente quedó ya sin este hogar, y se fué, para no volver más.

La casa de la calle Santa Rosa pasó después a otras manos. Estos datos los obtuve de Zulema Ortega, que ocupa una de las piezas de la casa; mujer simpática, de más o menos 40 años, de inteligencia clarísima. El doctor la vió nacer y fué más tarde su desinteresado protector. Cuando ella supo el objetivo de mi visita, lloró estremeciéndose: «Señor, ha muerto el mejor hombre de la tierra, me dijo, era tan bueno que siempre estaba preocupado de las necesidades del pobre; a mí me regaló cuando se fué de aquí, para no volver, dinero para cancelar cuatro meses de arriendo». Ella le arreglaba la pieza y le llevaba la comida a una mesa tendida al lado de la cama. Jamás lo vió fumar un cigarrillo, menos mojar los labios en una copa de licor.

Se levantaba siempre a las cinco de la madrugada; después del desayuno digería unas cuantas páginas de medicina, y luego, se perdía, siguiendo la huella de sus enfermos. Así vivió

y así murió este hombre; con un alma inmensa abierta a todo lo grande y a todo progreso; sumergido en una modestia y humildad excepcionales.

Fué célibe hasta su muerte, acaecida cerca de los 90 años. Cuando joven, recién recibido, se enamoró de una distinguida dama de la sociedad penquista. Fué correspondido en el cariño, pero los padres de la niña, que se consideraban de rancia aristocracia, truncaron ese idilio. Tuvo aprisionado, por muchos años, este cariño entre los dedos, y como era hombre de selección conjugó en su recuerdo todo orden de afectos. Por esta razón, según creo yo, y bajo el peso de aquel fracaso, no insistió en formar hogar, ni se vió al lado suyo otra mujer. Celibato largo fué el suyo, pero lo llevó con magnífica dignidad.

Nació modesto; así vivió y así ejerció el arte de curar; por eso exigió que las primeras horas que siguen al trance de morir, fueran también silenciosas y desprovistas de ostentación. Poco antes de quedar quieta la cabeza sobre la almohada, para no moverse más, dijo a alguno cerca de él: «A la muerte hay que darle sólo el significado estricto que le da la ciencia».

La enfermedad que puso término a su vida, fué larga, pero no de las más crueles. Hizo resignado el camino que lo llevó a la meta final. Por expresa disposición suya, los funerales fueron muy sencillos; un modesto ataúd en una pieza desmantelada, desnuda de lutos, y con cuatro cirios. Los oradores debieron guardarse los discursos; exigió silencio y modestia hasta en este instante; el último, que ya no le pertenecía.

Juzgando su fuerte personalidad, yo no sabría elegir entre el médico el hombre. Todo emanaba en él bondad y sencillez. Lector infatigable y ordenado; sabía de todo, y jamás quiso atribuir a sus conocimientos vastísimos la más leve importancia. Ninguna vida inventada, saturada aún de las mayores virtudes, podría superar a la real de este varón singular.

Su mundo eran los amigos; pero no siempre los conocidos; abierto estaba para cualquiera, no importa quién llegara hasta él para pedirle algo. Con sus alumnos estuvo siempre unido con extraordinario fervor, y fueron siempre cordiales los lazos que le vincularon a las monjas y al personal auxiliar de los hospitales.

Fué figura destacada en la Masonería; pero muy tolerante. Admiraba al hombre que profesaba la religión católica por su

fe y convicción; pero fué generoso por demás con los que pensaban en forma distinta.

Sabía comprender a los hombres y también catalogarlos, no por sus ideas, sino por su comportamiento. Nunca preguntó a nadie, para otorgarle su aprecio, lo que pensaba, sino cómo era. Por esto, pudiera decirse de él que fué un verdadero liberal, pero del otro siglo; cuando los hombres se juntaban en una empresa común, dejando en carácter subalterno la etiqueta, y atribuyendo importancia sólo a lo vital y profundo. Si los hombres, en función pública, escribieran este lema en la solapa de sus vestimentas, los gobiernos, si no mejores, serían más humanos.

Cuando mañana, los médicos de hoy, miren empinados, allá lejos, el punto de partida y el camino recorrido, tendrán que recordar a Benavente entre todos los maestros ilustres de su generación.